AÑO VIII
N.o 339

EL DIA

Montevideo,
Julio 9 de 1939.



EL ERECTION, desde los Prop'leos.



EXCURSION POR GRECIA

El Acrópolis De Atenas

ARQUITECTURA es el arte de expresar ideas extraídas de un programa, por medio de formas y espacios. Una idea supone una jerarquización de elementos, lo accesorio depende de lo fundamental, lo secundario sigue a lo primario, lo mejor domina a lo inferior.

Ver claramente la ley que determina la concatenación del todo y que esta ley nazca de una interpretación fiel del programa, es el mayor valor de una obra arquitectónica.

Organizada Atenas, disputáronse los dioses el derecho a tutelarla. Athenea fué la vencedora y sobre el lugar donde su olivo floreció se le elevó el templo. Su rival Poseidón al cual se unió el héroe Erecteo no fueron excluídos del culto. Por el contrario, se les consideró y no se les olvidó. A estos dioses, cuya jefatura ocupaba aquélla, atribuían los atenienses su primacía. Les adoraban, colmándolos de presentes, y realizaban procesiones periódicas hasta ellos. Era el agradecimiento por sus favores.

Tal el programa del Acrópolis ateniense.

El primer gran valor extraído de él es el Parthenón, templo dedicado a Athenea. Es el más importante y ocupa la mejor posición del conjunto. Se proyecta su ruina gloriosa sobre los valles de Atenas. De todos ellos aparece engarzado a la roca. Pasando los Propileos, que es lo primero del conjunto por constituír la entrada, se le ve ocupando la parte más elevada del recinto. La vista va naturalmente hacia él conducida por un elemento secundario. Es el templo de Poseidón, el Erecteo, más pequeño, más bajo, contrapeso natural del Parthenón. Entre ambos, la vía sagrada de los ex - votos.

A la entrada del conjunto un edículo, el más pequeño de los templos, el más avanzado también. Es el templo de Victoria Aptera la que jamás había, hasta entonces, abandonado a Atenas.

Tal lo que visiblemente queda del antiguo Acrópolis. El odio de los hombres ha hecho más sobre él que la acción del tiempo. Pero, a pesar de ello, estas piedras tienen aún vida, muestran la idea que las ordenó, se vé y se siente su ley, se hace comprender, y hacerse comprender es hacerse amar. Es por ello el Acrópolis de Atenas el lugar de peregrinaje de los hombres sensibles del mundo.

Aurelio LUCHINI.

La Victoria Aptera.

Sobre el Acrópolis. — El Partenon y el Erection desde el Propileo.



La entrada del Partenon.



Fachada posterior del Partenon, desde el Propileo.



Los Propileos desde la fachada posterior del Partenon.



Entrada de los Propileos.



El Erection desde la columnata lateral del Partenon.



El Erection desde junto a los Propileos.

(Especial para EL DIA)

LAS CUATRO DIMENSIONES DEL BRASIL EN MIS CHARLAS

OCHO millones y medio de k. c.—45 y tal vez más millones de habitantes. Una historia social y política que a veces lo identifica y a veces lo distancia de la realidad continental. Un desenvolvimiento económico que comenzó, como su propio nombre, en el ciclo del "palo de brasa" y continuó en el milagro de las tierras auríferas y los ríos diamantinos. Un caldeamiento racial, que a principio tuvo proporciones de régimen de esclavos, — imposición feudal de Europa en la Conquista — pero que ha sido totalmente resuelto con amor y grandeza. Un ímpetu heroico que llenó de afanes del tropel "Candeirante" buscador de horizontes, abrió con sangre los primeros surcos por la libertad, hizo la Independencia, creó el Imperio, agrandó el Segundo Imperio, proyectó hacia el porvenir las instituciones democráticas de la República, llenó de cafetales y algodoneros las tierras de labor, trepó la montaña y horadó la montaña con un estremecimiento de locomotoras, subió río arriba, selvas y sertoens, organizó una cultura y dió por fin los lineamientos categóricos de una civilización de tipo propio y de valores esenciales surgidos de sí mismo. Tales las cuatro dimensiones de este Brasil profundo que viene desde los asombros de su geografía hasta las afirmaciones de su realidad social.

Cuando el sudamericano de la llanura recorre el Brasil con la humilde actitud del estudioso, va de sorpresa en sorpresa. Hechos de todos conocidos, luchas contra un régimen de opresión y dictadura determinaron un día el ser violentamente expulsados hacia el destierro. Pero el Brasil es buena patria, amorosa patria, para el luchador uruguayo que llega hasta ella por ese camino para recomenzar sus trabajos, sus esperanzas, sus afanes y retemplar el espíritu para la nueva lucha. Y como era esa exactamente nuestra posición nos dimos a estudiar los aspectos más inquietantes de esa otra América tan fundamentalmente desconocida por los pueblos de la América de habla española. Y aparte los estudios teóricos realizados en los centros culturales de Río y Sao Paulo, establecimos luego nuestras rutas de observación personal que dan en síntesis esto que llamamos ahora para nuestro propio regocijo "Itinerario Mágico por Tierras del Brasil". De aquellas jornadas se nutrirán nuestras disertaciones.

En la modesta expresión de nuestras posibilidades queremos realizar apenas una humilde retribución a lo que el alma brasileña prodiga. Pero queremos también, — profesores al fin por vocación y hasta por instinto, — si no enseñar, cuando menos publicar para los que no vieron, lo que nuestros ojos sorprendieron con asombro en el libro, en el paisaje, en el hombre, en el río y la montaña, en el templo antiguo y en la escuela moderna, en la danza, en la canción, en el rito, en las aportaciones raciales de los pueblos formadores, en las alegrías, los quebrantos, la fe de los pueblos del Brasil, la luz bruja de sus cielos de esmalte, el resplandor de oro de sus noches profundas, carne tropical tatuada con los cuatro clavos ardientes de la Cruz del Sur.



He aquí, aproximadamente, las rutas de nuestro "Itinerario Mágico". Ellas comprenden la Geografía y la Historia, el Paisaje y el Hombre, el Hombre y su destino. Caminos son, a veces un poco místicos, por el espacio y por el tiempo. Y caminos son también que entraron en esa continuada labor del pensamiento brasileño que constituye una afirmación de regionalismo, de nacionalismo, de universalidad aún a partir desde los primeros escritores del Brasil en el Siglo XVII. Ya hemos dicho de la obra y la vida de Machado de Assis. Ya hemos realizado nuestro primer viaje hasta Ouro Preto. Ya hemos sorprendido la estampa milagrosa y deforme de aquel escultor mulato del 1700, lisiado y torturado, al que llamaron "O Aleijadinho" y que dejó la mordedura genial de su pensamiento en líneas de Catedral y en gesto iracundo de Profetas de piedra que arrojan a los tiempos su anatema desde la montaña mítica de Congonhas. Hemos de narrar ahora en próxima disertación y hasta donde podamos la estampa romántica y la estampa heroica de Ouro Preto de Minas Geraes.

Porque allí, en ese mismo lugar de las minas de oro abiertas con mano esclava, allí amaneció el Brasil libre con la sangre de los Inconfidentes y el martirio de un pueblo. Y allí aparecen en rimas de poeta del 1700 y entre nimbos de martirio dos singulares perfiles de mujer: Marilia de Dirceu y Bárbara Heliodora. Son vidas y son nombres que integran para los siglos americanos un ritmo de epopeya...

Nuestros viajes por el Brasil, — trabajar aquí para llegar más adelante, siempre más adelante, — nos proporcionaron precioso material que integrarán otras charlas a propósito de otras rutas. Ellas comprenden en primer lugar los caminos de Bahía, las rutas sertanejas, la visión de Canudos donde vivió su rebeldía Antonio Conselheiro y donde escribió Euclydes. Ellas continúan por la orla del San Francisco para llegar de un lado donde se alzara un día la República negra de Palmares, y de otro lado transpuesto el fragor de la Cachoeira de Paulo Affonso donde alzara su tienda de extraño combatiente Virgolino Ferreira al que llamaron "Lampeao". Hemos de encontrar aún el San Francisco en otra ruta por el corazón del Estado de Minas Geraes. Y hemos de hacer subir nuestra nave de proa fenicia desde Pirapora al Norte hasta llegar al ingenio oratorio del Bom Jesús da Lapa, a cuyos pies deja sus ofrendas el río.

Amador Bueno, rey bandeirante; rey de un día en San Pablo por voluntad de la multitud en acción, — y esto ocurría en 1641, —es figura que hemos estudiado con total dedicación.

Un libro dará en breve razón de nuestro trabajo y crónica de su vida. Pero es que además San Pablo no ha abandonado en los tiempos el ímpetu de las Bandeiras. Y así como Nicolau Barreto y Raposo Tavares se llevaban por delante la línea de Tordesillas y agrandaban las lindes de su imperio, así San Paulo de hoy es ciudad vertiginosa que desenvuelve prodigiosa acción hacia todos los horizontes de su actividad.

Si este es motivo de disertación próxima, no menos grande fué para nuestro emocionado conocimiento la ruta Farroupilha de los heroísmos riograndenses, y la que pudimos reconstruir a través de los Siete Pueblos del Imperio Misionero, último reducto de aquella organización económica teológico - comunal que los paulistas destrozaron en la Guayra, y Pombal y Floridablanca arrojaron de sus imperios coloniales.

Largo es el tema. Largo y grato. Quede sin embargo aquí, como la expresión de un propósito.

Y más aún como la publicación de un deseo: el de que esté un día alcanzada la unidad espiritual de América por el conocimiento mutuo de sus pueblos para poder defender su unidad triunfal en esta nueva hora amenazante y agresiva, de las fuerzas totalitarias en acción.

E. RODRIGUEZ FABREGAT



Detalle. — Púlpito de la iglesia de San Francisco de Assis. — Ouro Preto (Minas). tallado en piedra obra de Aleijadinho

O ALEIJADINHO

En la reciente disertación dada por Enrique Rodríguez Fabregat, primera de una serie dedicada a recordar su estada en el Brasil, — que ha contemplado con ojos ilusionados de artista, — ha hecho mención de un artista singular, escultor del 1.700, imaginero de valor singular, des conocido casi totalmente, ya que ni en completas enciclopedias se encuentran referencias de su nombre y su arte: se llamó Antonio Francisco Lisboa, al que se denominaba "O Aleijadinho", (El Lisiadito") por estar atacado de un mal (tal vez la lepra), que carcomía su cuerpo.

Ajeno a toda influencia, por su propia inspiración, fué creando imágenes y cumpliendo una obra artística de magnitud, por el número y la calidad del arte, de la que se conservan muestras en Ouro Preto, Congonhas de Campo, Marianao, Sabará, y Sao Joao d'el Rey, en el Estado de Minas Geraes; y en Bahía y Cahoeira, en el Estado de Bahía.

Se cuenta de "O Aleijadinho" que, ya avanzada su enfermedad, seguía trabajando ahincadamente, semi mutilado, metido en una bolsa, — que aún se conserva, — haciéndose atar, en lo que le restaban de extremidades superiores, el martillo y el formón, herramientas mágicas en sus manos, con las que hizo tan formidable obra.

Ouro Preto detuvo su vida, puede decirse, con la muerte del "Aleijadinho". La ciudad ha sido declarada monumento nacional, conservándose todo como cuando estaba a la muerte del maravilloso artista: el lugar en que habitaba, las herramientas que utilizó, todo cuanto le pertenecíera, ha sido respetado con emocionado cariño. "O Aleijadinho" vive en su obra después de muerto. Su alma está en esa monumental creación suya.

De las exhibiciones realizadas, y la documentación traída por Rodríguez Fabregat, reproducimos estas interesantes notas fotográficas.



Ouro Preto. — Minas. — Iglesia de San Francisco, cuyo proyecto y construcción es del Aleijadinho. Las tallas y esculturas de la fachada, son obra del Aleijadinho.



Cruz de piedra frente a la capilla de Padre Faria, del 1600. — Es de un solo bloc de piedra.



Detalle del Santuario en la montaña de Congonhas.



Ouro Preto. — Minas. — Matriz de Silar Detalle de la imagen de San Jorge, talla en madera de Aleijadinho.



Congonhas do Campo, en Minas Geraes. —El Santuario en la montaña. Al frente están los doce profetas de piedra del Aleijadinho.

WALT WHITMAN

POETA DE LA DEMOCRACIA

Muy acertada y muy oportuna considero la iniciativa del editor local, señor Claudio García, al reimprimir los "Poemas" de Walt Whitman, traducidos por Alvaro Armando Vasseur, nuestro gran poeta revolucionario, y del cual, que yo conozca al menos, no se había publicado más que una sola edición hace más de treinta y cinco años, la que se encuentra totalmente agotada. Por la magia de esos poemas que integran su famoso libro, "Hojas de hierba", del que el autor hizo, en vida, diez ediciones, agregando a cada una nuevos poemas, Walt Whitman está considerado como uno de los hombres representativos de los Estados Unidos, a la misma altura de Washington, Lincoln, Poe o Emerson, ya definitivamente incrustado en la inmortalidad. Nunca quizá como ahora ha sido necesaria la palabra sonora y viril de este robusto hachador en las selvas de los prejuicios milenarios, desbordante de evangélico amor a los hombres y a las cosas, orgulloso y humilde, salvaje y refinado, áspero como un bárbaro y dulce como una paloma. La violenta resurrección de los instintos cavernarios de que somos testigos, que convierten a los hombres en esclavos de los hombres, y a los pueblos en instrumentos de otros pueblos, hace indispensable el encender de nuevo las hogueras del himno libertador de aquel que cantó a la Democracia como a una mujer querida; que vivió en la libertad y para la libertad "como las aves, como los vientos, como las nubes"; que saludó al progreso, cordialmente, abriéndole paso lleno de auténtica alegría, y que encontró en las cuerdas de la lira nuevos sones, inesperados acordes, melodías y orquestaciones desconocidas hasta entonces. Amaba lo simple, lo natural, lo espontáneo, pero no veía el campo a la manera artificiosa y relamida de los poetas bucólicos, ni renegaba de las grandes urbes multitudinarias, espesas de humanidad y de movimiento, en cuyo barro gustaba manchar sus toscos zapatos. No se encerraba en ningún cánon estrecho, ni se inmovilizaba ante ningún espectáculo. Comprendía la Vida como era, y la gozaba ampliamente así, sin ningún prejuicio literario ni social, como si ella y él hubieran nacido juntos y no le debieran nada a nadie. Nada le desagradaba fuera de lo viejo, de lo apolillado o inactual, y aceptaba con júbilo, saludándolos armoniosamente, tanto al placer como al sufrimiento, a la agitación y al éxtasis, al esfuerzo y al descanso, a la máquina rugiente y complicada y a la más sencilla flor de la pradera virgen. Miraba a la tierra y al cielo como a amantes a quienes poseer constantemente, siempre nuevas, siempre renovadas en el milagro de los días, siempre cándidas y enigmáticas. Por eso, no podía concebir a los dioses, a esos dioses adustos, amenazantes y reglamentados que figuran en Coranes, Biblias y Zend-Avestas, iluminados siniestramente por las llamas rojizas y sulfurosas de terribles infiernos. Sus dioses, como los de los griegos, eran las fuerzas mismas de la Naturaleza, y entre ellos se movía, gallardamente, como un dios más, lleno de majestuosa simplicidad. Por eso no temía a la muerte, temor de los que creen en otras vidas y tiemblan ante la puerta entreabierta del misterio. Y le entonó sus estrofas fuertes y armoniosas: "Ven muerte, adorable y balsámica! Ondula alrededor del mundo, acércate, muéstranos tu serena frente, de día, de noche, sin olvidar a nadie, acércate, muerte delicada!"

Como todos los grandes innovadores que han sido y serán, como todos los que abren su propia ruta y han de marchar en sentido opuesto a la corriente, Walt Whitman fué desconocido y negado por sus contemporáneos. Los críticos literarios desconcertados por aquella nueva y poderosa voz que cantaba en un rudo idioma desconocido los grandes y caudalosos ríos, las altas montañas salvajes y nevadas, las amplias llanuras, las selvas profundas de aquel país inmenso, hicieron lo más fácil: ignorarlo, por incapacidad o pereza de comprenderlo. Pero Whitman no cantaba para los críticos sino para sí mismo y para su pueblo, aquel pueblo norteamericano de entonces, lanzado como un ariete a la conquista de un territorio todavía semi-desierto, ocupado en levantar ciudades portentosas, en tender vías férreas sobre extensiones increíbles, en talar bosques milenarios, en arrancar el mineral precioso de las entrañas vírgenes de la tierra, en instruirse apresuradamente en redor de las improvisadas escuelitas, en dar libertad a sus esclavos, en librar desaforadas batallas políticas. Todo ese mundo sonoro e hirviente, toda esa actividad creadora, toda esa vida frenética y rugiente es lo que le dió sus temas favoritos, lo que estimuló el rítmico y potente caudal de su inspiración. Uno de sus más famosos poemas, está destinado a cantar esas hazañas viriles, esas audacias fecundas, esas violentas aventuras: "Vamos, hijos presurosos... Seguidme en orden, aprestad vuestras armas. ¿Teneís vuestras pistolas? ¿Lleváis afiladas vuestras hachas? ¡Pioners! ¡Oh pioners! — No podemos arrastrarnos aquí. Tenemos que seguir, queridos; tenemos que sostener el choque de los peligros. Nosotros las jóvenes razas musculosas, sobre quienes confían los demás. ¡Pioners! ¡Oh pioners! — Dejamos atrás todo el pasado. Desembocamos en un mundo nuevo y mayor un mundo diverso. Incólumes y fuertes nos apoderamos de este mundo, mundo de labor y de marcha. ¡Pioners! ¡Oh pioners!"...

Todo eso no se podía expresar en el carril gastado de los moldes viejos, sin elasticidad, incapaces de contener sin estallar, semejantes estremecimientos. De ahí que los críticos, comodamente arrellenados en unas cuantas fórmulas fijas, lo combatieran por rebelde y anarquista, y que algunos, empinándose hasta la cumbre del ridículo le negaran americanidad! Angel Guerra, el prestigioso crítico español, ha hecho resaltar, en forma oportuna, ese absurdo. "Walt Whitman, — dice en un hermoso estudio que le dedica, — es un producto espontáneo de su época, la concreción espiritual de la civilización contemporánea. Verbo de la Democracia y cantor de los hombres de acción, su lugar de nacimiento tenía que estar en los Estados Unidos, donde un pueblo nuevo despertábase con un espíritu también nuevo. Es una coincidencia significativa que nazcan al mismo tiempo y en el propio solar nacional Emerson y Walt Whitman. El uno filósofo y el otro poeta. Lo que uno razona el otro lo exalta. Hay entre ellos paridad de ideas. Se complementan y se funden. Y cosa rara: a pesar de esta coincidencia nada los ha puesto en contacto. Ya habían señalado cada cual su personalidad y exteriorizado sus ideas cuando se conocieron. Walt Whitman reconoce la grandeza mental del filósofo de Concord. Emerson saluda la magnificencia genial del poeta de Bronklyn. El uno sale de las esferas del espíritu; el otro, de la vida vivida. La procedencia marca la diferencia. No tienen más punto de contacto que el ambiente intelectual en que recogen sus ideas. Y uno escribe sus "Ensayos", henchidos de un sentido filosófico innovador y el otro sus "Hojas de hierba", donde se siente el hálito de la poesía nueva".

Walt Whitman interpretó, pues, en sus versos, como no lo hizo ningún otro poeta contemporáneo, la esencia misma de su época tumultuosa y de su pueblo libre y osado. De ahí que a despecho de todas las resistencias, la sucesión de las décadas fuera afirmando su renombre, y que ocupe, el primero y el único, el solio augusto de poeta nacional. Pero su poesía no cabe, tampoco, dentro de los límites geográficos y temporales que oprimen a las colectividades humanas, expandiéndose hacia todos los horizontes y fructificando en todas partes en donde los hombres, sean de la raza o del país que fueren, alientan parecidos ideales, vibran al conjuro de las mismas solicitaciones íntimas. La mayoría de los poetas envejecen a lo largo de los años, se hacen indescifrables, o lo que es peor, aburridos. Las estrofas viriles y audaces de Walt Whitman se entonarán siempre, estarán siempre encendidas en los labios de aquellos que hacha en mano, se apresten a derribar un prejuicio, a destrozar los hierros de una cárcel, a liberar a un esclavo, o que se extasíen ante los espectáculos naturales, las fragancias silvestres, las leyes eternas que rijen la vida en todas sus manifestaciones. Pero, — y ahí está su mayor mérito,—su poesía supo elevarse siempre a las regiones del canto auténtico, y si prefirió las cosas humildes y a menudo desdeñadas, y aunque usó todas las libertades, nunca fué grosero ni áspero, y aunque hizo siempre gala de su origen y sus preferencias modestas y de su vida trabajosa y aventurera, jamás fué vulgar o plebeyo, en el sentido despectivo de la palabra. La libertad fué su principal obsesión, la libertad que le permitía gozar de la vida y del mundo en una permanente y armoniosa embriaguez lírica. Pero no la deseó para sí, sola y egoísticamente, sino también para todos los hombres y para todos los pueblos, y edificó sobre sus pilares el resplandeciente edificio de su metáfisica. Su individualismo se funde, naturalmente, como dos notas de un mismo acorde, con la humanidad. Por eso en sus versos está siempre presente la especie a que pertenece: "Me celebro y me canto. Lo que me atribuyo quiero que os lo atribuyais pues cada átomo mío puede ser de vosotros, y lo será... Yo agonizo con los moribundos y nazco con los que nacen. Mi yo no está contenido por completo entre mis zapatos y mi sombrero... Yo no soy una tierra, ni lo accesorio de una tierra. Soy el camarada de todas las gentes tan inmortales e insondables como yo!...".

Por eso ama las empresas colectivas, las de esos pioners que canta con tan inspirados acentos: "Escuchad, hijos míos, mis osados hijos: por las multitudes que taloneam nuestra retaguardia jamás habremos de detenernos ni titubear. Allá a lo lejos, detrás nuestro, los millones de fantasmas de las edades nos contemplan con ojos severos, y nos empujan". De las armas prefiere el hacha. "Arma de forma bella, arma desnuda y pálida, de cabeza extraída de las entrañas de la Madre; cuya carne es de madera y el hueso de metal, con tu único miembro y tu único labio. Tu hoja gris, azulosa, crecida en la hornaza calentada al rojo; tu mano nacida de una ínfima simiente que se sembró. Reposas en la hierba que te rodea. Arma que se tira y en la que uno se apoya..." El hacha es el símbolo de su virilidad y de su fuerza ya que más que instrumento de muerte es herramienta de trabajo, y si con ella se derriban los árboles, se levantan también las casas, y se tallan los durmientes sobre los que se acostarán los rieles paralelos, y se esculpen las naves que atravesarán los océanos, y se alzan los postes que enhebrarán los alambres que llevarán a lo lejos el estremecimiento de los mensajes humanos. Todo en su redor es exultante y dinámico. No se deja arrebatar, jamás, por una duda, ni por una indecisión, y menos aún por un desencanto o un pesimismo. "¡Oh!, mientras viva seré el amo de la vida y no su esclavo! ¡Afrontaré la vida como un potente conquistador! Sin irritación, sin "spleen", sin quejas ni críticas desdeñosas, contra esas altaneras leyes de la atmósfera, del agua, y de la tierra, a quienes quiero demostrar que mi alma es inasible, que nada de lo exterior me dominará jamás..."

Pero esta robustez, este orgullo no lo llevarán, como a Nietzsche, a la encrucijada del super-hombre que ha de venir, a la ficción de la raza superior de los dominadores que impondrán su voluntad irresistible a un mundo oscuro y miserable, poblado por esclavos. El hombre, sea quien fuere, es siempre su hermano, y tiene sus mismos derechos a la libertad y a la felicidad. De ahí su democratismo, brotado de la esencia misma de la humanidad y no como producto de bellas y vanas teorías. No quiere que nadie lo mande, pero él se niega a mandar a nadie. El mundo se hace inhabitable, inhospitalario, absurdo, por ese afán de algunos, de convertirse en amos, caudillos, conductores de muchedumbres, y por la debilidad de otros de someterse a ellos. De ahí que todas sus cóleras se condensen contra los ambiciosos, los injustos y los violentos; sobre los que niegan a los demás lo que ellos ansían sobre los acumuladores de riquezas ajenas, los sensuales y los hipócritas. Su voz retumba como una maldición bíblica, como la de aquellos profetas que enviaba Jehovah a la tierra con sus tremendos mensajes. Pero no anuncia, como aquellos, espantables cataclismos, incendios, destrucciones, desgracias, sino, al revés, alegres surgimientos, vastos desquites, limpias y reconfortantes victorias. Su canto es siempre invocación y avance; es himno de proa firme frente a las olas tumultuosas y a los cielos sin límites. No llora jamás, ante los héroes vencidos, ante los gloriosos sacrificados, y las tumbas se abren como los surcos en que fructificará misteriosamente la semilla del mañana. A aquella, la primera república española que vivió un minuto, le dice: "No creas que te olvidamos, Madre nuestra. ¿Has quedado largo tiempo atrás? ¿Las nubes van a cerrarse de nuevo sobre ti? ¡Ah!, pero ya te has mostrado ante nosotros en persona; ahora te conocemos. Dejándote entrever nos has dado una prueba infalible, de que allí, como en todos lados, aguardas tu hora!" Y a un "revolucionario europeo vencido le sugiere: "¡Valor, a pesar de todo, hermano o hermana mía! Obstínaos siempre: la Libertad exige nuestro esfuerzo, suceda lo que suceda. Poca cosa es quien se doblega ante uno o dos fracasos, o ante muchos desastres, el que se descorazona ante la indiferencia o la ingratitud del pueblo, o ante cualquier deslealtad, o ante los bandidos que se adueñan del poder, ante los cañones, los soldados y los códigos penales!" Y así va llegando a esos grandes poemas de la libertad que tituló "Canto de la bandera al amanecer", "Canto del hacha", "Orillas del Ontario azul", "Saludo mundial", en jue culmina deslumbrantemente su inspiración y su lenguaje, su manera personal, su lirismo y su genio, poemas que se cuentan entre los más inspirados y trascendentales que se han escrito en nuestra época.

José Martí, aquel gran cubano que murió por la libertad de su patria y que orquestó muchas de las más fuertes y bellas páginas que se han escrito en castellano, conoció, ya en su augusto poniente, a Walt Whitmann, en aquella Unión norteamericana de hace medio siglo, de la que el gran poeta fué la más ilustre encarnación artística. "Oid lo que canta este pueblo trabajador y satisfecho; — dice Martí, —oid a Walt Whitman. El ejercicio de sí lo encumbra a la majestad, la tolerancia a la justicia, y el orden a la dicha. El que vive en un credo autocrático es lo mismo que una ostra en su concha que sólo ve la prisión que la encierra y cree, en la oscuridad, que aquello es el mundo. La libertad pone alas a la ostra. Y lo que oído en lo interior de la concha parecía portentosa contienda resulta a la luz del aire ser el natural movimiento de la savia en el pulso enérgico del mundo...

...Whitman es de todas las castas, credos y profesiones, y en todas encuentra justicia y poesía. Mide las religiones sin ira; pero cree que la religión perfecta está en la Naturaleza. La religión y la vida están en la Naturaleza. Si hay un enfermo, "idos", dice al médico y al cura: "yo me apegaré a él, abriré las ventanas, le amaré, le hablaré al oído; ya veréis como sana; vosotros sois palabra y hierba pero yo puedo más que vosotros porque soy amor". El Creador es "el verdadero amante, el camarada perfecto"; los hombres son "camaradas" y valen más mientras más aman y creen, aunque todo lo que ocupe su lugar y su tiempo vale tanto como cualquiera...

...El mundo, para Walt Whitman fué siempre como es hoy. Basta que una cosa sea para que haya debido ser, y cuando, ya no deba ser, no será. Lo que ya no es, lo que no se ve se prueba por lo que es y se está viendo, porque todo está en todo y lo uno explica lo otro; y cuando lo que es ahora no sea, se probará a su vez por lo que esté siendo entonces. Lo infinitésimo colabora para lo infinito, y todo está en su puesto, la tortuga, el buey, los pájaros, "propósitos alados". Tanta fortuna es morir como nacer, porque los muertos están vivos; "nadie puede decir lo tranquilo que está él sobre dios y la muerte". Se ríe de lo que llaman desilusión, y conoce la amplitud del tiempo; él acepta, absolutamente, el tiempo. En su persona se contiene todo; todo está en todo; donde uno se degrada, él se degrada; él es la marea, el flujo y el reflujo. ¿Cómo no ha de tener orgullo en sí, si se siente parte viva e inteligencia de la Naturaleza? ¿Qué le importa volver al seno de donde partió y convertirse, al amor de la tierra húmeda, en vegetal útil, en bella flor? Nutrirá a los hombres después de haberlos amado. Su deber es crear; el átomo que crea es de esencia divina; el acto en que se crea es exquisito y sagrado. Convencido de la identidad del universo, entona el "Canto de sí mismo". De todo teje el canto de sí: de los credos que contienden y pasan, del hombre que procrea y labora, de los animales que lo ayudan, ¡ah!, de los animales entre quienes "ninguno se arrodilla ante otro, ni es superior al otro, ni se queja". El se vé como heredero del mundo".

Heredero, intérprete, dueño del mundo. ¡Dueño del mundo!; pero sin quitar a nadie ese mismo mundo que es suyo, y que puede ser igualmente de todos por la magia de la comprensión y el hechizo del canto. Mundo suyo y de todos; no ese mundo reglamentado, disminuído, limitado, lleno de celdas, prohibiciones, murallas y códigos en que, con el correr de los siglos, lo han convertido el egoísmo y la estupidez de los hombres. Con Walt Whitman entramos en el ritmo natural de las cosas, en una Arcadia viviente y cálida que no es producto de ninguna imaginación desorbitada, sino que se encuentra ahí mismo, al alcance de nuestra mano, pero que para poseerla, tenemos que limpiarnos, como él, de todos los pecados de la ambición, de la crueldad, de la mentira. Por eso su canto resuena siempre alto y puro, como recién brotado, como recién hecho, con la frescura de lo espontáneo, con la limpieza de lo perfecto. Y por eso él puede remover en nuestros corazones, con el eco de sus palabras diáfanas, — que nunca morirán porque siempre tendrán resonancia en los corazones humanos, — los ideales y las aspiraciones íntimas, hermanos de los suyos, que alientan vidas, dan significación a historias, mueven el curso de los acontecimientos universales. Sus versos flamean, y flamearán siempre como banderas, hasta la consumación de los siglos, como nuevos evangelios de amor, de igualdad y de justicia, y hasta la consumación de los siglos arderán como antorchas en labios humanos, y sólo morirán cuando la tierra no sea más que una tumba helada y sombría perdida en las soledades estelares. Hasta entonces cantarán con él, con su espíritu inmortal, cantaremos con él, todos sus hermanos, sus estrofas entusiastas y reconfortantes: "Mi espíritu ha recorrido la tierra con fortaleza y humanidad. Ha buscado iguales y amigos, y los ha encontrado, igualmente dispuestos en todas las tierras. ¡Creo que alguna divina concordancia me iguala a ellos'"... "Ni una fosa de los que mueren asesinados por la tiranía deja de fecundar una simiente para la libertad, la cual, a su vez, madurará millares de simientes, que los vientos esparcen y siembran a lo lejos, que las lluvias y las nieves fecundan. Ningún espíritu puede ser arrancado de su envoltura carnal por las armas de los tiranos, sin que, invisiblemente, recorra toda la tierra, murmurando, aconsejando, advirtiendo. ¡Libertad, que otros desesperen de tí; yo jamás desesperaré de tí"...

Alberto LASPLACES.

SOCIALES



Señorita ROSITA GARMENDIA. — (Foto Telesca).



Señorita HILDA POSTIGLIONE. — (Foto Telesca).



Señorita ALBA PAZOS MAYSONABA — (Foto Telesca).



ADELA FERREIRA IRISARRI. — (Foto Telesca).



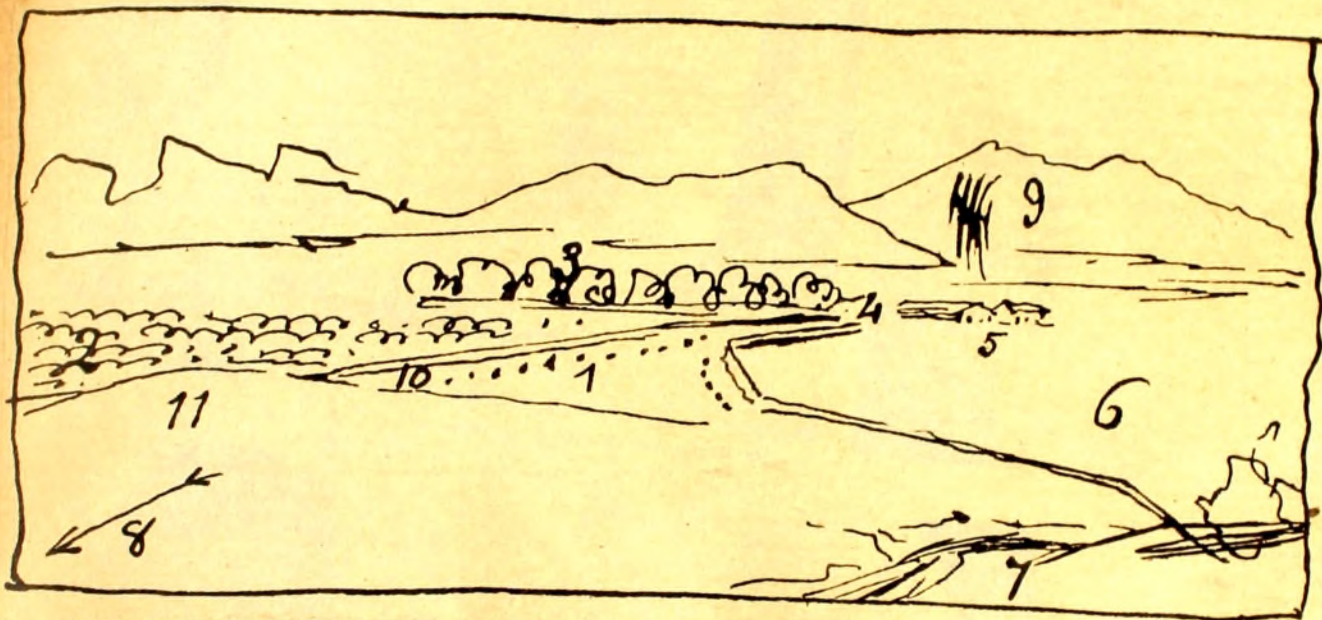
CARLITOS HEBER HERRERA TEIXEIRA.



VIOLETITA TRONCOSO ALONSO.



Cabo Pilar. — Magallanes. — Lienzo de metros 0.50 x 0.25.



CAMPO DE BATALLA DE MAIPO. — Dibujo a pluma. — Colección: Fernández Saldaña. — 1. Gran callejón por donde entraron los batallones argentinos a las 6 de la tarde. — 2. Viñas en 1818. — 3. Higueras que existen aún. — 4. Ultimo atrincheramiento español. — 5. Lo Espejo (hoy Infante). — 6. Campos de espinos raquíticos, jamás cultivados. — 7. Lugar donde se abrazaron O'Higuins y San Martín. — 8. Camino muy ancho a Santiago. — 9. Punto por donde huyó el general español al principio de la acción. — 10. Peral y rancho que había allí en la época la batalla. Grande alameda actual, mandada poner allí por San Martín en toda la parte menos ancha del callejón de Espejo. — 11. Loma que atraviesa el camino.

El calvario, lienzo de metros 1.17 x 0.96.



BLANES

CUANDO escribí mi libro "Juan Manuel Blanes, su vida y sus cuadros" — libro aparecido en 1931 — la exigencia de dar cierta proporción a los capítulos me obligó a restar mucho material en algunos de ellos.

El capítulo XV, titulado "El viaje a Chile", por ejemplo.

Ahora, libre de trabas, me ha parecido oportuno complementar ese capítulo, extractando de la correspondencia de Blanes porción de recuerdos e impresiones de los días que pasó en la república trasandina.

Corrieron esos días entre el 25 de noviembre de 1873, fecha en que llegó a Valparaíso en el vapor inglés "Chimborazo" de la Compañía del Pacífico, hasta el 17 de febrero de 1874 en que se embarcó, para regresar, en el mismo puerto a bordo del "Cotopaxi".

o

Cuarenta y dos años contaba Blanes cuando realizó su gira al Pacífico, y la nombro así porque, si bien no pasó de Chile, su propósito, siempre que las cosas cuadraran conforme a los deseos, era prolongar el viaje rumbo al norte, hasta Guayaquil.

Entonces lo atraía (lo atrajo toda su vida, mejor dicho) un motivo histórico digno de su inspirado pincel.

Ese motivo era la conferencia de Bolívar y San Martín, famosa en la historia americana, realizada en aquel puerto tropical, el 25 de julio de 1822.

Se le había dicho a Blanes, ignoro con que fundamento, que en Guayaquil conservábase invariada la casa de la conferencia, y algo más interesante todavía: con el mismo moblaje de la época en que dialogaron los dos grandes capitanes.

Poco faltaba para realizar el proyecto del cuadro. Todos los elementos necesarios para una ajustada decoración estaban a la vista; la figura de San Martín la había tratado con éxito completo en uno de sus grandes lienzos.

En cuanto al Libertador, Blanes poseía talento bastante para fijar con seguro trazo aquella iluminada y cambiante fisonomía.

En los días del viaje a Chile, la fama del pintor montevideano llenaba literalmente los ámbitos del Río de la Plata.

El asesinato de Florencio Varela, el Episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires, la Muerte del General Flores, la Revista de Rancagua y los Ultimos momentos de José Miguel Carrera, telas estas dos últimas que llevó consigo, le habían valido una amplia consagración calurosa y justa.

En la época de su marcha al Pacífico, Blanes recorría, también, el más alto trayecto de su larga y fecunda carrera artística.

Orgulloso del título de pintor americano y entusiasta de todo lo que se refiriera a la historia, las costumbres y, en general, las cosas de América, se preparó Blanes para acrecentar en Chile su caudal ya rico de noticias y apuntes.

En nuestro país, lo mismo que en la Argentina, veteranos e historiadores se habían contado siempre en el reducido círculo de las relaciones del pintor y confiaba anudar en la república chilena vínculos semejantes.

A esos efectos llevó cartas del coronel Jerónimo Espejo, prócer de la emancipación, para Don José Zapiola, (reliquia de la patria, asimismo, que residía en Santiago) y otras recomendaciones y presentaciones semejantes.

En Santiago se le ofreció la ocasión de conocer y tratar al almirante Manuel Blanco Encalada cuando este ilustre guerrero envió al alojamiento del pintor a uno de sus nietos para cumplimentarlo por el éxito que habían obtenido sus grandes cuadros de historia exhibidos en esos días en el foyer del Teatro Municipal.

Entonces, como el almirante le ofreciera en el mensaje su casa y sus servicios, Blanes fué a visitarlo el 27 de diciembre de 1873.

"El y su familia — escribió el pintor a un amigo — me recibieron con grandes muestras de cariño y respeto.

"Era para mí un sueño, continúa diciendo, estar frente a frente al marino y artillero chileno que tanto lustre diera al patriotismo, al valor y a la historia de Chile.'

Observando al anciano almirante con doble pensamiento de pintor y de cultor de historia, añade el artista:

"Este señor no oye nada, pero está con atención a los movimientos de los labios que le hablan, y por este medio se conversa con él sin pena y con gusto, porque por lo demás habla claro, con elegancia y precisión.

"Su aire distinguido, unido a su facilidad de movimientos y lo vertical de su figura cuando está en pie, sobre todo, previenen tanto en su favor que inspira grande simpatía."

Blanco Encalada, que era nacido en Buenos Aires, no había olvidado ni su ciudad

CHILE

de origen ni Montevideo, pese a la ausencia larguísima.

De Montevideo recordó sonriendo las excelentes relaciones que tenía cultivado con algunas damas.

☼

Como digo en mi libro. Blanes recorrió el campo de la batalla de Maipú, "divirtiéndose mucho en el paseo".

Numerosas fueron las anotaciones que trajo del glorioso escenario de la victoria patriota, en cuyos alrededores tuvo ocasión de conversar con un grupo de antiquísimos vecinos del lugar que se le habían reunido de propósito por los señores Salas e Infante, dueños en esa época de la hacienda Lo Espejo.

Todos los viejitos le aseguraron, jurándoselo, que los soldados españoles del famoso y odiado batallón de Talaveras, tenían **cola.**

Esta creencia era generalizada en Chile desde la época de la independencia, confirmando el sentir de que aquellos soldados, militares los más sanguinarios y perversos entre tanta gente mala como la que formaba en las filas realistas, no eran hombres como todos los demás, sino medio hombres medio demonios... con cola y todo.

Rejuraban los ancianos testigos que tenían los Talaveras una colita detrás, grande, más o menos cuatro pulgadas, y fina como la de un ratón.

Dos de los viejos, sobre todo, estaban especialmente habilitados para saber lo que decían, puesto que habían tenido ocasión de quemar y enterrar los cadáveres de los Talaveras muertos en la batalla y todos ellos tenían cola.

El dibujo que se reproduce en estas páginas es el croquis original, calcado a pluma por el mismo Blanes, delante del campo de Maipú con las referencias históricas marcadas con cifras.

Esperaba nuestro pintor — por gestiones que realizaban sus amigos — que el gobierno le encargaría un lienzo histórico de la batalla, pero la cosa quedó en esperanzas. Tampoco se consiguió la venta de ninguno de los grandes cuadros Revista de Rancagua y Ultimos momentos de José Miguel Carrera, que exhibidos en el Teatro Municipal le reportaron un triunfo.

Grande éxito de público y grandes elogios de la prensa y de la crítica, pero nada más.

Es posible que si Blanes no se hubiese mostrado tan orgulloso como pintor y tan irreductible en sus pretensiones, alguna tela podría haberse realizado.

Pero el pintor — en actitud que le honra — reforzó en la emergencia con ruda altanería sus naturales cualidades y no quiso aflojar por nada.

"No iba a permitir — escribía — que lo que en el Río de la Plata y del otro lado de los Andes, había despertado entusiasmo, y a menudo admiración, acabase arrastrándose por la capital de Chile **a título de las urgencias tan comunes entre los artistas.**

Muchos años más tarde volvió el maestro montevideano al tema de la victoria de Maipú, pero esta vez quien iba a pintarlo era uno de sus hijos, bajo su vigilancia y probablemente con un poco de su ayuda.

Al resurgir el lejano propósito, las impresiones de natural recogidas en 1874 carecían — la interposición de casi veinte años — de la nitidez indispensable para ser útiles.

Entonces — dice en carta a su amigo Don José Arrieta, ministro del Uruguay en Chile:

"Recuerdo mal los lugares que recorrí bajo los auspicios del finado Vicuña Mackenna y el anciano Valdes, y el estudio gráfico que hice para la una de la tarde de la batalla, es una vista que no tiene más que un solo punto de concurso visual."

Estaba escrito, sin embargo, que la batalla chilena no saldría: el proyecto fué abandonado otra vez, como se abandonó luego otro — comenzado — de Chacabuco en el que había puesto mano su hijo primogénito Juan Luis.

☼

Fruto del viaje a Chile, y magnífico fruto, es el gran lienzo que representa al ministro Arrieta rodeado de su familia, tela que ahora se conserva en Chile en la familia del señor José Arrieta Cañas, hijo del diplomático.

Es uno de los más hermosos cuadros de Blanes dentro del género; cuadro hecho con amor y a plena conciencia, como Blanes sabía hacer las cosas cuando quería. Mide la tela 3.40 mts. por 2.50 mts. y contiene siete figuras. Arrieta está en uniforme. Los niños admirablemente distribuídos. Doña Mercedes Cañas, esposa del ministro, parece predominar en el conjunto, dice un crítico "como una reina".

Todos los estudios básicos, lo mismo aislados que de conjunto, los hizo Blanes del natural.

Los de ambiente en las mismas salas del palacio de la legación, situado entonces en la esquina de las calles Agustinas y San Antonio.

Los personajes, grandes y chicos, fueron estudiados en la quinta de Peñalolen, residencia magnífica de Arrieta a poca distancia de Santiago, donde vivió el pintor en los meses de enero y febrero del 74.



Familia Arrieta, en Chile.

Allí, en la profunda paz de aquel retiro incomparable, verdadera mansión de señores, el maestro se esmeró en estudiar aisladamente los modelos para la composición.

En uno de mis primeros artículos de la serie del "Suplemento", en el que lleva precisamente número 8, correspondiente a marzo de 1934, al escribir sobre el ministro Arrieta, tuve ocasión de decir algo acerca de este incomparable fundo de Peñalolen que visité en un viaje a Chile, y del cual conservo una imborrable impresión de grandeza y de belleza soberanas.

El cuadro de la familia Arrieta lo terminó Blanes en su estudio de Montevideo y fué expuesto aquí, privadamente, antes de mandarlo a su dueño.

☼

Quedaron en Chile, además de este aventajado óleo, la marina titulada "El cabo Pilar", pintada durante el viaje, y "El Calvario", pequeña tela de tema bíblico, integrantes ambas de la galería del señor José Arrieta Cañas. Este último cuadro fué por mucho tiempo desconocido aquí en absoluto.

Ademas, debe existir un óleo más, del cual se tienen referencias concretas: un retrato que se le encomendó y pintó durante su permanencia en Santiago. Falta saber quien fué el sujeto retratado, pues Blanes no lo menciona en la carta donde habla del encargo y dice que el retrato le sirvió para aliviar los gastos del viaje.

☼

A los dos años de regresar Blanes de Chile, tuvo lugar en Santiago una exposición internacional donde se volvieron a mostrar las dos grandes telas que se habían expuesto ya en el Teatro Municipal y, además, el retrato de la madre del pintor, estupendo óleo, y cinco marinas tituladas "Entrada al Estrecho de Magallanes: "Cabo Vírgenes", "El Atlántico", "El Pacífico", "Islotes de los Evangelistas" y "Cabo Pilar".

Las marinas no llegaron a tiempo para que las considerase el jurado y las dos grandes telas históricas, a pesar de su absoluta superioridad sobre todas las pinturas expuestas en el salón, sólo ganaron a Blanes una medalla de 2ª clase y esa misma por el cuadro "Ultimos momentos de J. M. Carrera", tenido, a justo título, por la obra de más alto mérito entre la producción artística del maestro montevideano.

La comisión delegada del Uruguay se creyó en el caso, y con sobra de motivos, de protestar el fallo, atenta la conciencia que había formado con más de un fundamento irrefragable y con el juicio manifiesto de la prensa chilena que reprobaba también el veredicto del jury.

En el turno de premio que le había adjudicado a Blanes resultaban treinta y ocho cuadros superiores o iguales cuando menos a la obra maestra de nuestro artista y este detalle, por sí solo, era revelador de que el fallo no se ajustaba a la equidad.

"¿Es ésta una acusación de incompetencia contra el jurado? — se preguntaba en la protesta uruguaya.

"Muchos que han examinado el grado de conocimientos artísticos que concurren en los miembros de dicho jurado elevan esa seria acusación."

"No nos cabe a nosotros el deber de hacerlo; pero a estar al juicio de la opinión pública, creeríamos que habría o incompetencia o injusticia en el dictamen del jurado; en todo caso es la opinión del público de Santiago la que formula una elocuente protesta y a la que nosotros no podemos menos de adherirnos.

Firmaban la protesta uruguaya los cinco comisionados: Luis Santiago Botana, Augusto V. Serralta, Miguel Larravide, Agustín Rodríguez Diez y Juan Zorrilla de San Martín; los dos secretarios: Carlos A. Berro y Ramón Batista; el señor J. P. Salvitte y el comisario Alejandro Fierro.

J. M. FERNANDEZ SALDAÑA.

Señora Mercedes Farías de Arrieta. A la derecha el niño Luis Arrieta Farías, que luego cultivó la música y las letras



Detalle del cuadro de la familia Arrieta



Detalle del cuadro familiar Arrieta.



A CIENTO CINCUENTA AÑOS DE LA REVOLUCION FRANCESA: 14 DE JULIO DE 1789

ES solamente desde el año 1880 que el día 14 de Julio ha sido elegido como fecha nacional francesa. | El asentimiento popular ratificó la decisión del gobierno de la tercera república y, desde entonces cada año, Francia enarbola sus banderas, reune a sus hijos y los invita al recuerdo. Desde París hasta las más humildes aldeas, todas las clases sociales comulgan en un magnífico ardor patriótico. Todos los corazones vibran a los soberbios acentos de la arrolladora "Marsellesa", y los pensamientos se elevan hacia la lejana aurora que iluminó a la libertad, vencedora del despotismo.

¿Por qué, a pesar de tantas fechas memorables de la Revolución Francesa, han elegido ésta del 14 de Julio de 1789? ¿Por qué el aniversario de la toma de la Bastilla ha primado sobre tantas otras, que, a justo título podían simbolizar la gran época, y ser la fiesta nacional? ¿Es porque el 14 de Julio marca la entrada del pueblo en la arena revolucionaria.

Desde el 5 de Mayo hasta el 20 de Junio, desde la reunión de los Estados Generales hasta el juramento del juego de pelota, son los cuerpos constituídos, Nobleza, Clero y Tercer Estado, quienes se agitan, batallan se separan y se reconcilian en la Asamblea Nacional, para obligar al rey a reconocer la necesidad de una constitución, limitando su poder, y dando al país el derecho de intervenir en el gobierno por sus representantes electos.

Desde este momento la revolución jurídica está hecha; pero el pueblo, el verdadero pueblo, privado de todo sufragio, está excluído de toda influencia inmediata sobre sus destinos.

El sentimiento de las masas populares, obreros y campesinos, se ha exaltado ante los acontecimientos de la que Versalles ha sido teatro. Pero todo se ha pasado fuera de ellas, y por encima de ellas.

El pueblo, el de París sobre todo, tiene menos oscuramente que lo que se ha pretendido, plena conciencia del enorme cambio que se opera legalmente en la ciudad Real de Versalles.

El hombre de la calle que, en París, continúa cotidianamente su pobre labor, no se lamenta más sin esperanza sobre su miseria. Presiente que su horizonte estrecho y sombrío puede abrirse de pronto, y reservarle el porvenir. La esperanza no está prohibida ya. Es una cosa nueva y grandiosa que hace erguir la cabeza, e interrogar la hora que pasa, y soñar, en fin, que los tiempos se avienen, que la libertad se anuncia, que la condición humana puede, de un momento a otro, romper su envoltura animal y abrirse paso por su inteligencia en una sociedad ahora fraternal e igualitaria.

En este momento, el contraste es atroz. Los cerebros hierven y los estómagos están vacíos. Los negocios están suspendidos: la desocupación se extiende; el pan falta y ¡qué pan!. Al fin del día una larga cola de seres miserables se alínean delante de las panaderías y esperan. París está hambriento. La población urbana de 750.000 habitantes en tiempo normal, se ha aumentado considerablemente por la afluencia de desgraciados venidos de las provincias con la esperanza de hallar un trabajo posible, o un sustento probable.

¿Cómo alimentar a París?

Las autoridades de la capital se reunían cada noche en casa del lugarteniente de policía, en trágicas asambleas, para tomar medidas que eran después ineficaces: faltaba harina.

Necker, sobre quien contaba el pueblo, prontamente puso la interdicción a la exportación de trigo, y dió primas a la importación. Acaparamiento y especulación anularon sus esfuerzos. Tuvo que reconocer que, "a menudo hay que lamentarse de la avidez de los especuladores".

Esto se sabe, se dice, y aun se exagera. Y sin embargo, escribe un historiador, "esto que no ha sido suficientemente señalado, y que es sin embargo digno de una eterna memoria, es porque el grito lanzado entonces por los hombres del pueblo no fué el grito de la pobreza". En el mismo umbral de la panadería, donde no les guardaban sino un alimento avaro y mortífero, se entretenían hablando de la Constitución que debía hacerse, y de la Asamblea Nacional que había que defender. Ellos reclamaban la libertad de la inteligencia, ellos, "¡los esclavos del hambre!".

Los franceses hacían a la nación la ofrenda de sus miserias, y a la Asamblea su confianza de verlos cesar por la prudencia de su intervención.

Pero, la Asamblea Nacional, es preciso decirlo, no acordaba a la miseria profunda del pueblo una atención suficiente. Por la modalidad misma de su elección, los diputados estaban alejados de la masa popular. Esta reunión de legisladores que no creían en la fatalidad del despotismo, creían o parecían creer en la fatalidad de la miseria. Puede ser también que la paciencia de los pobres, aceptada con una resignación rayana en heroísmo, engañara a los mandatarios de las clases adineradas. Si hubo diputados para protestar contra los acaparadores de los comestibles más indispensables, la Asamblea no había influenciado bastante fuertemente al poder ejecutivo para hacer cesar sus criminales maniobras.



Camilo Desmoulins.

El rey había reconocido mientras tanto que "si la necesidad de las circunstancias obligaba a contentarse con un pan mezclado con centeno y trigo, no había más que una sola clase para los ricos y para los pobres".

Promesa ilusoria y vano cuidado de igualdad. En la mesa real y en la de los ministros y diputados no faltaba jamás el pan blanco. Los panaderos de Versalles no hacían ningún misterio de esta diferencia culpable en tales circunstancias difíciles que podían volverse trágicas. La ceguera e inhumanidad de un rico, añade la insolencia provocativa, al decir delante de un grupo de desgraciados: "Vosotros no tenéis pan, y bien ¡comed piedras!".

Repetido de boca en boca —bocas hambrientas— esta frase levanta el furor en París. El rey, la corte y la Asamblea misma tuvieron miedo. Las tropas ya reunidas en Versalles, fueron aumentadas con nuevos regimientos llamados de provincias, escalonados entre Versalles y París. Se rodeaba a la capital con cañones y bayonetas para ahogar con sangre toda rebelión posible.

El trono se ilusionaba sobre la fidelidad del ejército. Las tropas francesas habían sufrido, también ellas, el arrastre general desde la reunión de los Estados Generales. Los sub-oficiales eran adictos a las ideas nuevas. Estos bajos oficiales, como los llamaban entonces, eran los sacrificados de la fuerza armada.

Para ellos ningún adelanto era posible. Como eran plebeyos, no podían pretender franquear los grados superiores, reservados solamente a los nobles. La carrera de su elección estaba tapiada por el prejuicio nobiliario. La gloria les estaba vedada. Sus sueldos, insuficientes, estaban atrasados y, sin embargo, estos sub-oficiales constituían la armazón constante y precisa del ejército. Sus conocimientos militares eran sólidos, al punto que fué entre ellos que se reclutaron los futuros generales del ejército revolucionario, y muchos mariscales del imperio napoleónico salieron de sus filas. Estos desheredados del ejército surgieron del pueblo y harían pronto causa común con él.

Ya el 30 de Junio, la corte fué vivamente conmovida por un incidente significativo. Los soldados habían rehusado cargar sus armas. Once de entre ellos son detenidos, desarmados y conducidos a la prisión de Abbaye.

En el Palais Royal, mansión del duque de Orleans, primo y adversario del rey, quien coqueteaba con la revolución que podía darle el trono que ambicionaba, la multitud, que se reunía a discutir todos los días, fué prevenida del apresamiento de los soldados. Parte ésta en columna y sus filas iban engrosándose a lo largo del trayecto. La prisión es sitiada, las puertas se abren ante los cuatro mil invasores furiosos y resueltos. Los soldados son libertados por la fuerza popular y conducidos al Palais Royal. La alianza del pueblo y los soldados fué sellada así sobre el pavimento de París.

Una de las consecuencias de este hecho característico, fué que la Asamblea tuvo más miedo aun que el rey. El monarca contaba sobre sus tropas extranjeras, si los regimientos franceses se pasaban a los insurrectos del mañana. Pero los miembros de la Asamblea Nacional, quedan aterrados de tener que apoyarse sobre la población parisiense pronta a la revuelta, si el rey resistía a sus pretensiones reformistas. Antes aceptar el acuerdo con el rey, que aceptar el concurso del pueblo: tal era el pensamiento dominante de la Asamblea, y Mirabeau, él mismo, forzaba el acercamiento, la alianza con el trono. La ceguera de la corte era tan grande que se recibieron altaneramente las intenciones amistosas de la Asamblea. Ante este doblegamiento de la voluntad de los diputados el rey refuerza las tropas, y llega hasta amenazar de trasladar a provincia los Estados Generales. El barón de Breteuil, que organizaba los preparativos militares, osó decir imprudentemente: "Si es preciso quemar a París, pues se quemará París!". Y como si esta amenaza no fuera suficiente, el rey tomó abiertamente oposición contra su ministro Necker, que lo había llevado a la reunión de los Estados Generales.

París se preparaba a la lucha contra Versalles.

El domingo 12 de Julio la multitud era enorme en los jardines del Palais Royal, a dos pasos de las Tullerías. A mediodía, la noticia de la renuncia y del destierro de Necker fué anunciada como un hecho cumplido.

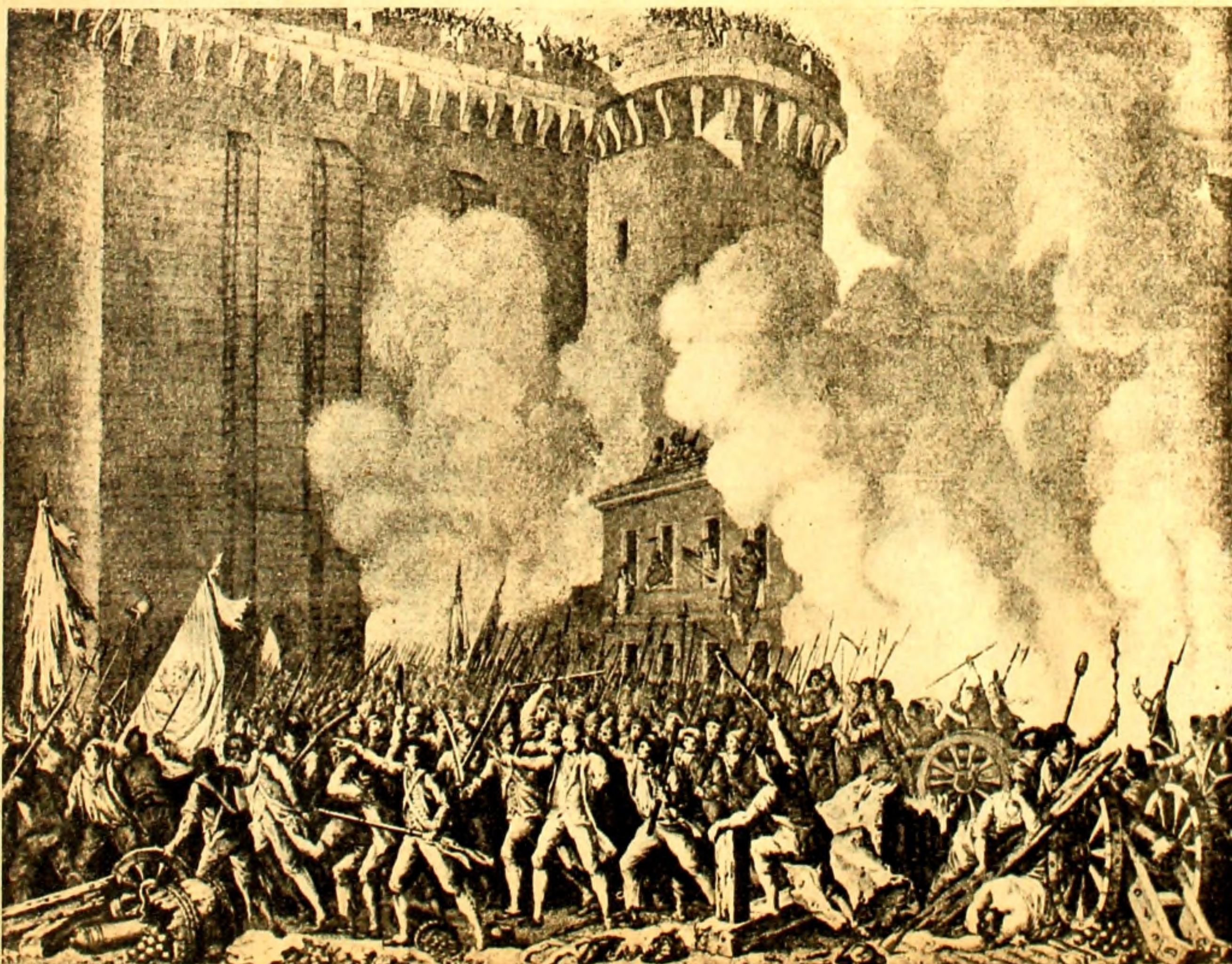
La Fayette había anunciado al ministro destituído: "Si os destituyen, treinta mil parisienses os llevarán a Versalles".

Pero Necker llegaba a Bruselas en el momento mismo que en París se conocía su destierro.

En el Palais Royal, un joven, Camilo Desmoulins, sube sobre una silla y teniendo en una mano una pistola y en la otra una espada, arenga a la población gritando: "¡A las armas!".

La revolución popular comenzaba. Todo París estaba de pie. Bajo el ardiente sol de Julio, los revoltosos saquean las tiendas de los armeros, y van a atacar a los regimientos de los soldados extranjeros. Los guardias franceses se pasan al pueblo, y vienen a reforzar las columnas insurrectas. La noche no detiene la efervescencia de la capital. El rebato sonaba en el Hotel de Ville, en Notre Dame, en todas las iglesias parroquiales. "Esta noche el sueño sólo descendió en los ojos de los niños".

La jornada del 13 fué también muy mo-



El marqués de Launay arrastrado a la Plaza de Grève por el pueblo. (De un dibujo de Prieur).



Reparto de armas en los Inválidos, la mañana del 14 de Julio de 1789.

v ida, se armaban por todas partes. Pelotones de civiles armados con picas, y con algunos fusiles, hacían por su propia inspiración de policía de la capital. Se les aplaudía.

El 14 de Julio, al despuntar el día, el Comité del Hotel de Ville, compuesto de burgueses, envía la orden de tocar alarma en todos los cuarteles de la ciudad. Las calles vecinas fueron desocupadas para elevar barricadas; se cavan las trincheras.

De todas partes París se aprestaba al combate. La palabra de orden era: "¡A la Bastilla!". La escarapela roja y azul fija en todos los sombreros, era el signo de adhesión.

Los soldados escapados de las guarniciones de los suburbios se mezclaban al pueblo, distribuyendo cartuchos, y enseñaban a los ciudadanos el manejo del fusil. Por otra parte, una masa enorme invadía el Hotel de los Inválidos para tomar los fusiles allí almacenados. Los hombres de la parroquia de Saint Etiénne du Mont, entraron los primeros siguiendo a su párroco. Un procurador de la ciudad, Ethis de Corny, da su caballo para arrastrar un cañón hasta la Bastilla.

El ataque de esta fortaleza, prisión de Estado, donde los reyes enviaban sin juicio previo a aquellos de los cuales querían desembarazarse, debe ser considerado como una reacción intuitiva de los parisienses. Sin duda, la Bastilla simbolizaba para todos los ojos, la arbitrariedad real; pero la fortaleza era igualmente una amenaza constante contra la ciudad.

La altura de sus torres guarnecidas de cañones, su posición estratégica, combinada con las alturas fortificadas de Montmartre, permitían bombardear las zonas más populosas de la ciudad. Todos los habitantes del arrabal San Antonio, veían que desde hacía varios días el gobernador de la Bastilla se preparaba para la defensa... o para el ataque.

A mediodía, la fortaleza estaba cercada por una muchedumbre armada, que los soldados de la Guardia Francesa, en gran número organizaban en columnas de asalto. Un soldado, el joven Marceau, que será pronto una de las más puras glorias del ejército francés, estaba entre los sitiadores.

Millares de voces aullaban entre la fusilería: "¡Queremos la Bastilla!". Civiles y soldados franquean las zanjas y rompen a golpes de hacha las cadenas del primer puente levadizo. Los combatientes penetran violentamente en el primer patio de la fortaleza. Los cañones disparan su metralla contra ellos. Muertos y heridos caen. Cinco horas y media después, la Bastilla estaba tomada.

Los soldados suizos durante cinco horas seguidas, refugiados detrás de las murallas, fusilaban sin peligro a los sitiadores. Solamente perdieron a uno de ellos, mientras que el pueblo contaba ochenta y [illegible] muertos y ochenta y ocho heridos. Veinte de los muertos eran pobres padres de familia.

La multitud, enceguecida de furor, recorre todas las celdas para libertar a los prisioneros, que creían eran numerosos. No había más que siete: uno de esos prisioneros, el conde de Lorges, estaba cautivo desde hacía cuarenta años. Otros dos estaban locos; uno de ellos pregunta a sus libertadores cómo se encontraba Luis XV, a quien creía vivo todavía. Cuando le preguntaron su nombre respondió: "Yo me llamo el Mayor de la Inmensidad".

El comandante de la fortaleza, De Launay, fué masacrado a pesar de los esfuerzos hechos por los mismos que asaltaron la Bastilla, para proteger su vida, todos héroes de la jornada. En cambio, los soldados de la guarnición fueron salvados por los guardias franceses. Estos toman bajo su protección a los soldados suizos que habían disparado contra ellos, los ponen en seguridad en sus propias filas, los conducen a sus propios cuarteles, les dan lecho, y los alimentan.

La toma de la Bastilla produjo en Versalles, sobre la Asamblea, y sobre el rey, la impresión de un rayo.

La victoria popular iluminó a los diputados que intentaban acercarse al trono: ellos sintieron que su porvenir, y el de la nación, reposaban sobre el pueblo, al que habían temido prestar su concurso y el cual, después de todo, no podía más ser descartado.

La jornada del 14 de Julio liberaba a la Asamblea, y revelaba al monarca que todas sus intrigas, para amordazar y dominar a los Estados Generales, serían descubiertas y aplastadas por esta fuerza nueva y terrible que tomaba pie, violenta y soberanamente, en la Revolución.

París tuvo conciencia de su poder y del papel que debía jugar, ante y contra Versalles; sin él la Asamblea Nacional habría terminado por sucumbir. Y es lo que un orador del arrabal San Antonio vino a afirmar claramente a Versalles, a la barra de la Asamblea, a donde venía a reclamar algunos socorros en dinero para indemnizar a los obreros la pérdida de sus salarios durante los tres días de agitación y de insurrección:

"Señores, decía, vosotros sois los salvadores de la patria, pero también vosotros tenéis salvadores".

Este hombre del pueblo traducía fielmente el sentido exacto y profundo de la jornada del 14 de Julio.

La Asamblea ratificó esta apreciación, que es también la de la Historia, enviando a la Capital el 16 de julio, sus delegados cuya presencia en medio del pueblo parisien, consagraba su victoria y la de la nación.

La revolución de la burguesía se apoyaba en lo sucesivo sobre el pueblo.

La Europa entera vibraba de entusiasmo, o de terror. El embajador de Inglaterra en París escribió a su corte: "Debemos nosotros en adelante, mirar a la Francia como un país libre".

El país entero acogió la toma de la Bastilla con un gran grito de triunfo.

París había sublevado y arrastrado a Francia.

Jules BERTRAND.

La tarde del martes próximo, a la hora 18 y 30, el autor de esta nota dará una conferencia, en francés, sobre el tema: — "Pour le cent cinquantieme anniversaire de la Revolution Francaise", en el salón de actos del Liceo Francés.



Asedio de La Bastilla. (De un croquis original de la época).

FESTIVAL DE AVIACION EN EL CAMPO DE MELILLA



La aviadora argentina señorita Carola Lorenzoni, clasificada tercera.

En el campo de aviación de Melilla se llevó a efcto el domingo pasado el festival aeronáutico organizado por el Aero Club Argentino y el Centro Nacional de Aviación del Uruguay, con objeto de dar mayor trascendencia a la finalización de la prueba de regularidad Montevideo-Buenos Aires-Montevideo, cuya primera etapa se había realizado el día anterior. Además de la llegada de los pilotos que compitieron en la carrera, dicho festival contó con las demostraciones acrobáticas de los argentinos Carola Lorenzini, Santiago Germanó y Tomás Picasso — este último paracaidista — y del piloto alemán Otto Sommerer, experto en vuelos sin motor. También intervinieron pilotos de la escuela militar, que tripularon una escuadrilla de aparatos de guerra, con pronunciada perfección. Concurrieron alrededor de 30.000 personas.

Estas notas pertenecen a las diversas pruebas realizadas la tarde del domingo.



Vista del campo de Melilla durante la animada jornada.



El aparato de Leandro Passegi y Costa Prezza.



El paracaidista Tomás Picasso, que realizó una arriesgada doble caída, desde 2000 metros.



Grupo de pilotos participantes en la carrera.

Suppici Sedes y Santiago Germanó.



Un tirabuzón del piloto Germano.

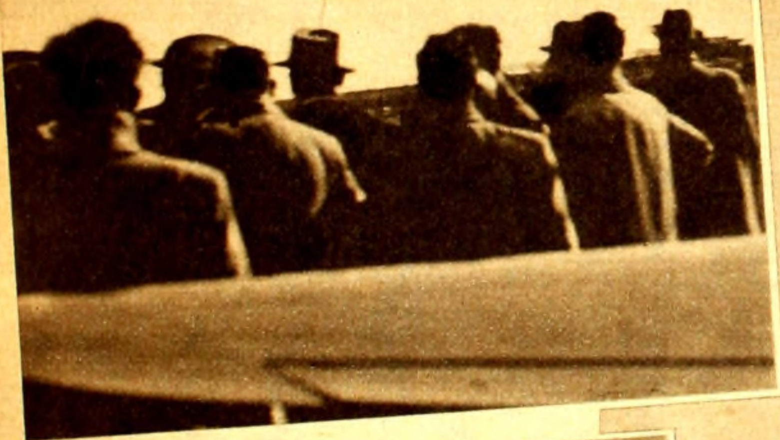


El avión de Pastoriza pasa a 150 kilómetros sobre el campo, llevando sobre las alas al paracaidista Picasso, antes de verificar la ascensión para el salto.





Los argentinos Lalloz y Chourrut, primeros en la etapa Montevideo-Buenos Aires.



El campeón de acrobacia, piloto Santiago Germanó.





CINE



"PLACER DE TONTOS"



CINE METRO exhibe actualmente una producción dirigida por Clarence Brown, que se virtió de la obra teatral de Robert Sherwood, "Placer de tontos", en la cual reaparece la popular estrella Norma Shearer, formando pareja con el galán Clark Gable.



Tarzan

por Edgar Rice Burroughs

"TARZAN CAPTURADO"























